

PRESENTACION

Los textos que componen este libro que hoy presentamos han sido escritos en momentos y circunstancias distintas, pero siempre animados por un objetivo único: pensar desde el punto de vista teórico e histórico el proceso de formación de la nación hispanoamericana. Esta referencia en singular, no obedece a ningún contrasentido pues ya es bien conocido que no existe una sino un almácigo de naciones en la parte hispana de América. El uso del singular (la nación) se refiere más bien a una motivación *in pectore* durante el proceso de investigación y escritura de estas páginas: destacar aquellos fundamentos compartidos por las diferentes formaciones nacionales hispanoamericanas, de los cuales se fueron desviando cada una de ellas para constituirse como una diversidad dentro de la unidad. Unidad histórica, lingüística, religiosa, institucional, cultural que fue conformando una matriz común de donde surgirían los condicionantes unificadores que fueron dando raíz y rostro al modelo de nación hispanoamericana. Mucho queda y quedará siempre por investigar, por explorar, por pensar, pero estos materiales acá reunidos y presentados son un jalón hacia adelante que permitirá emprender otras obras individuales o de conjunto más maduras y sintéticas. Hago mía la máxima del maestro y americanista Alfonso Reyes al señalar que hay que publicar para no pasarse la vida corrigiendo. De manera que si lo que une a estos ensayos aquí reunidos es un intento de pensar el pensamiento en torno a la nación desde la historia de nuestra propia cultura americana, necesario se hace precisar algunas posturas conceptuales.

De lo dicho se deriva algo de la mayor importancia. Si bien el concepto de nación es historizable, en ningún momento es ideológicamente neutro. Por el contrario, parece que la ideología precedió al hecho concreto de la nación, en la medida en que fueron los nacionalistas quienes contribuyeron a crear las estructuras nacionales. Primero, entonces, aparecieron las posturas nacionalistas --por lo general vagas y genéricas-- y luego desde las matrices de sus discursos se fueron creando las naciones. Tal como atinadamente lo escribe Picón-Salas: luego de la Independencia y “del enclaustramiento nacional” de las antiguas colonias se fortificó un nacionalismo precoz. Lo que ocurre es que con la disolución del orden colonial se crean a todo lo largo y ancho del continente americano las condiciones que anunciarán dos nuevos sentidos para esa estructura llamada nación: extensión de la conciencia social del pueblo y legitimación del poder por la conciencia

social de los gobernados. La idea subyacente a esta novedad no es tanto que la nación hace surgir la conciencia nacional, sino que es la conciencia de ser una nación la que le da existencia a ésta conciencia. La naturaleza de la nación es, en consecuencia, una construcción intelectual, es un hecho de conciencia; y, en este sentido, será un hecho intelectual y político. En este contexto, el discurso sobre la nación hispanoamericana se vuelve inseparable de la conciencia de ser nación, actuando ese discurso como principio legitimador de la estructura de poder interna una vez que esa función dejó de ser cumplida por el Rey.

El discurso sobre lo nacional

Lo anterior se expresa a través de narrativas basadas en el argumento de que la nación surge de un hecho de conciencia que da cuerpo a su objeto. Es en cierto sentido, como lo apuntó Ernest Renan en 1892, “la culminación de un largo pasado de esfuerzos”. Esta idea de nación no refiere a un discurso que existe antes de constituir su sentido, pero tampoco podrá nunca esta idea ser separada del propio discurso sobre la nación. En definitiva, no habrá una nación hispanoamericana sin la conciencia de serlo. Consideraciones semejantes nos remiten al discurso sobre lo nacional. Tal parece que el discurso sobre lo nacional sirve, entre otras muchas cosas, para configurar imágenes y comienzos, relatos y procesos que por veces ocultan identidades a la vez que construyen otras. Intenciones de significación, como aquellas de la emancipación literaria americana, la constitución de la autonomía cultural de América, la construcción de ciudadanías populistas, examinadas en este trabajo, que suponen o sugieren, la idea de una formación discursiva o de un archivo al que los fundadores de discursividad (Foucault) recurrirían de acuerdo con determinadas circunstancias. Nos asiste la convicción, sin embargo, ya lo hemos mostrado en otros trabajos, que la historicidad propia de todo discurso y, en particular, la propia historicidad de la nación hispanoamericana otorgará particularidades a las distintas realizaciones de la formación discursiva o archivo nacionalista. Los discursos nacionales en la América hispana reposarían, entonces, sobre metáforas enunciativas aplicadas por la élite cultural o por un sujeto privilegiado (el estado, la universidad, el caudillo, la iglesia) que, de este modo, se presenta como depositario de un patrimonio común, de una memoria o historia colectiva. Aquellos hombres de la primera

y segunda generación post-independentista experimentaron una ilusión que nutrió el discurso sobre lo nacional: llegaron a creer que la historia nacía con ellos. Al hablar orgullosamente de la “República de Chile”, “República de Colombia”, “República de Venezuela” o “República del Perú” no hacían sino construir metáforas que presentaban al período colonial como una grieta profunda. Metáforas o maquillajes que excluían y encubrían otros rostros, otras memorias, otras historias.

Esta idea de nación como narración enfatiza la insistencia del poder político o de la autoridad cultural de los intelectuales, o de ambas, sobre lo que Jacques Derrida describe como el “irreductible exceso de la sintaxis sobre la semántica”. Pero más allá de cualquier exceso, más allá de cualquier retórica, lo cierto es que el problema de la construcción de aquellos condicionantes unificadores que van dando forma y contenido a la nación conduce a la producción del discurso sobre lo nacional como un proceso de articulación de elementos históricos, culturales, políticos e ideológicos. Elementos todos que no consisten en un recurso simplificador al enumerarles con criterios vacíos, como suele ocurrir en las ciencias sociales, sino que sirven de puntos de referencia, entre muchos otros, para estudiar la formación de la nación. Estudiar la misma a través de su narrativa no sólo coloca el énfasis sobre el lenguaje y la retórica inherentes, sobre la importancia del lenguaje y su institucionalización en disciplinas como la literatura, la escritura de la historia, las instituciones políticas y culturales, también intenta alterar el objeto conceptual en sí mismo. Como todo producto discursivo, la idea de una literatura nacional, de una historia nacional, de una cultura americana, de un orden republicano, son construcciones cuyos alcances y significados varían a lo largo del tiempo y según el impacto que tanto lo literario, lo histórico, lo cultural, lo republicano, lo nacional tengan sobre la sociedad. A ilustrar los momentos fundacionales de estas construcciones está dedicado este libro.

Fronteras y desplazamientos

Sigamos exponiendo nuestras posturas conceptuales de la forma más expedita y no sin un cierto tono reflexivo. ¿Qué condiciones son necesarias para hacer una nación?, ¿sobre qué fundamentos reposa semejante voluntad?, ¿sobre qué bases se construyen las narrativas nacionales que darán raíz y rostro al condicionante unificador?, ¿dónde ubicar

los elementos que conforman el discurso sobre lo nacional? Más que responder se trata mejor de acariciar, de perfilar preguntas. Se trata mejor de quedarse del lado reflexivo que del expositivo. Es bien sabido que los letrados nacionales al proponer narrativas sobre lo nacional o sobre lo continental americano o, lo que es lo mismo, al legitimar una determinada narrativa como perteneciente a lo nacional o a lo continental, establecen orígenes, le dan sentido a disciplinas y a momentos fundacionales, privilegian representaciones. Y esto no refiere otra cosa que el establecimiento de fronteras intelectuales; el establecimiento de lugares de comienzos más que de rupturas o de límites. Se trata, en consecuencia, de trazar líneas de problematización, de desplazar condiciones para configurar espacios públicos nacionales. Y es en estos espacios donde se expresa la acción del sujeto discursivo sobre la nación.

Se trataría, entonces, de posiciones de sujeto constituidas dentro del mismo discurso sobre la nación. La propia dinámica política de las naciones hispanoamericanas depende de la construcción de fronteras, las cuales se reproducen y desplazan constantemente. Sobre las fronteras literarias, históricas, políticas, étnicas, territoriales, por ejemplo, se fundamenta el discurso sobre lo nacional, pero al mismo tiempo también es posible que a partir de estas fronteras este discurso pueda ser subvertido. Una ruptura entre las necesidades unificadoras de la nación y el discurso o representación construida en torno a éstas, consolida la idea de nación, consolida la diversidad dentro de la unidad requerida para poder hablar de la existencia de formaciones nacionales.

De manera que en Hispanoamérica, luego de la definición de fronteras intelectuales, de la discusión de mediados del siglo XIX sobre la emancipación por las letras, sobre la construcción de la autonomía cultural americana, lo que se planteó no fue tanto la disolución de las fronteras internas sino un cambio en sus signos políticos. La unidad de cada nación adquirió signos diferentes. Se desvaneció, en consecuencia, el sueño de una América única, noble y republicana articulada por intereses comunes. El siglo XIX, en especial su primera mitad, aporta ejemplos notables a este respecto, y sobre los mismos exploraremos algunos desarrollos histórico-generales. Lo que es importante -- para el propósito de estas páginas-- es captar algunos patrones de este proceso de intentos para articular lo nacional americano. Patrones que se convertirán en una pluralidad de

proyectos nacionales, por veces antagonísticos como lo muestran las múltiples y sucesivas guerras entre los distintos países de la región.

Desde esta perspectiva, resalta la ambigüedad inherente a toda frontera considerada como punto de unión, pero también de desplazamiento y de comienzo. De allí que en este trabajo se prefiera hablar de fronteras como espacios (intelectuales) donde todo comienza y no donde se construye algo estable. En términos analíticos, que no en términos prácticos, las fronteras intelectuales nunca están exentas de cualquier forma de subversión o desplazamiento. En la medida en que se construyen fronteras, surgirán también divisiones sociales y políticas. El corolario de esta división es que siempre habrán posturas intelectuales de un grupo que se expresarán a sí mismas como expresión y representación de la sociedad como un todo. De todo esto se deriva que el discurso nacional se produce en múltiples espacios que se cruzan, se superponen y hasta se solapan, y es encarnado por múltiples posiciones de sujeto que representan una pluralidad de voces, de proyectos, de procesos y de expresiones. Con una tendencia unificadora, se pueden habitar muchos espacios intelectuales que van configurando los diferentes sujetos históricos colectivos quienes comparten muchas memorias pero también, y sobre todo, muchos olvidos.

El libro está formado por cuatro ensayos que pueden ser leídos de manera independiente, sin establecer prelaaciones conceptuales o lógicas entre cada uno de ellos. En el primer trabajo, se muestran los principales temas de la historia intelectual hispanoamericana en el período post-independentista, dibujando los comienzos conceptuales de las nuevas naciones que irán a fundamentar la definición de las fronteras intelectuales. En un segundo ensayo, se establecen los fundamentos de las fronteras literarias a través de la relación entre letras y emancipación, tal como se presentó el debate en el Chile de mediados del siglo XIX. Para pasar luego, en una tercera parte, a deconstruir la metáfora de la “autonomía cultural de América”, mediante la exploración de las fronteras históricas y de esa poco conocida discusión sobre la forma de entender y de escribir la historia de las naciones americanas. El libro cierra con un ensayo más contemporáneo sobre las relaciones entre populismo y ciudadanía, lugares privilegiados para ilustrar las fronteras políticas en que se debate la nación hispanoamericana en la actualidad.